Cuarenta y dos cartas de Quevedo a dos jesuitas distinguidos

James O. Crosby
Florida International University

«Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos...»
(Quevedo, soneto desde La Torre, vv. 1-3).

«Por los escritos juzgamos de aquéllos a quien comunicar no pudimos» (González de Salas, ed. de *El Parnaso* de Quevedo, dedicatoria de la musa Talía, p. 405).

Se han citado muchas veces las palabras del sobrino de Quevedo, Pedro Aldrete, y de su primer biógrafo, Pablo de Tarsia, sobre el afán de lectura del satírico, su rica biblioteca y los muebles especiales que mandó construir para facilitar dicha afición[1]. Otro testimonio de sus vastas lecturas y aguda memoria son las numerosísimas citas eruditas a lo largo de su obra, y el hecho de que al parecer la gran mayoría las hacía de memoria, equivocándose rarísimas veces[2]. En cambio,

[1] Aldrete, «Al lector», en su ed. de Quevedo, *Las tres musas*, hoja 6v (reproducida en Quevedo, *Obra poética*, t. I, p. 143). Tarsia, *Vida*, pp. 28-34 (reproducida por Astrana Marín en Quevedo, *Obras en verso*, pp. 774b-775a). Véase Lía Schwartz, «Las preciosas alhajas...», p. 217, y sobre las lecturas de Quevedo, las pp. 217-223.

[2] Sobre las citas de Quevedo en determinadas obras suyas, véanse Pablo Jauralde Pou, «Una aventura...» (sobre la *España defendida*); Sagrario López Poza, *Francisco de Quevedo...* (sobre las citas patrísticas); Del Piero, «Las fuentes del *Job*

no recuerdo haber visto citadas las palabras de Josef Antonio González de Salas, «íntimo» amigo suyo y el editor que escogió para su poesía, sobre su extraordinaria habilidad de conversador:

> A no pocos varones eruditos he alcanzado [...] a tratar, que aunque extranjeros, por haber llegado con diversos fines a la corte del Rey Católico, me fueron familiares. De los nuestros, hombre grande no ha habido concurrente en mi edad que se haya esquivado de mi comunicación, y entre ellos algunos han sido venustísimos y con agudeza rara. Pero todos, todos, en llegando a escuchar a don Francisco, así se reputaban en el concepto anublarse y extinguirse como la luz pequeña lo que da delante de la mayor. Afirmo, pues, que a mí me sucedió de ese modo con cuantos en mi conocimiento habían precedido, desde que en su familiaridad tuve más frecuencia. [...] Como singular le fue a él y propia la gracia en sus palabras, y en las familiares significaciones de su conversación, así también en sus escritos todos, los que eran de ese genio, se excedía, lo que dicen, asimismo[3].

¿Y qué clase de «familiaridad» fue aquélla de que disfrutó González de Salas? Tres años después de la muerte de Quevedo explicó lo que había significado para él:

> Confesaré con ingenuidad mucha haber sido [Quevedo] el sujeto que mayor soledad me hizo con su privación en el discurso de mi vida, y que hasta hoy el tiempo nada ha podido mitigarla (véase la nota 3).

A mí no me sorprende que Quevedo le escogiera para editar su poesía, pues ya a partir de 1629 González de Salas había publicado ediciones muy eruditas de Séneca, Petronio, Pomponio Mela y otros clásicos. Hoy podemos comprobar la razón que tuvo Quevedo, pues de los más de setecientos poemas suyos editados por González de Salas en el *Parnaso* de 1648 y en varios segmentos de las *Tres musas* de 1670, con epígrafes descriptivos y notas sobre sus fuentes, hasta la fecha ninguno se ha rechazado por apócrifo (Crosby, «La huella...», p. 111).

Las vastas lecturas, la aguda memoria y la habilidad sobresaliente de conversar atestiguan el carácter de la mente de Quevedo, nutrida por otra parte en la educación que recibió de joven y, como se sabe, de manos de los padres de la Compañía de Jesús. También ilustran dicho carácter su correspondencia con ciertos jesuitas en los últimos años de su vida, que incluyen los de la prisión en el convento de San Marcos de León. Que yo sepa, solamente una carta de esta serie se ha anotado, y lo ha hecho mi amiga Mercedes Sánchez Sánchez («Una carta iné-

---

de Quevedo»; y Crosby, «Citas bíblicas al parecer taraceadas» y otras tantas «Que difieren de la Biblia», en su edición de la *Política de Dios*, pp. 463-465, 468 y 473.

[3] González de Salas, Dedicatoria de la musa VI, Talía, en su edición de Quevedo, *El Parnaso*, pp. 405-406 (reproducidas en Quevedo, *Obra poética*, I, p. 133).

dita...»); las trece publicadas por Luis Astrana Marín, con fechas y destinatarios equivocados, están muy mal transcritas, y de un manuscrito deficiente (Quevedo, *Epistolario*, pp. 431-457). Últimamente acabo de descubrir otras veintiocho cartas en un manuscrito desconocido que poseo: total, cuarenta y dos, dirigidas a dos jesuitas muy distinguidos. Fueron copiadas con cuidado en la biblioteca del Colegio de jesuitas de Salamanca por los hermanos del Colegio y revisadas por el Rector, todo por encargo de Gregorio Mayans y Siscar[4]. Se trata de comunicaciones extensas, y queda claro que a diferencia de otros corresponsales, con estos dos el satírico se sentía libre para ventilar, con el acostumbrado ingenio y atrevimiento, su experiencia, su intelecto, su habilidad literaria y su sentido del humor.

Escritas entre 1642 y 1644, esta serie de cuarenta y dos cartas pertenece a la última época de gran creatividad del escritor, cuando redactaba la *Providencia de Dios*, la *Constancia y paciencia del santo Job* y la *Vida de San Pablo*, período del cual dijo González de Salas con tristeza: «Mucho de esto destempló su prisión última y la quiebra de su salud, que desde entonces le fue enemiga hasta su muerte» (véase la nota 3 anterior). Me propongo aquí revisar primero lo que hoy se sabe de Quevedo y los jesuitas, a la luz de los documentos conocidos y agregando algún dato nuevo, para luego traer a colación alguna muestra de lo que nos brindan las cartas desconocidas y otras todavía sin comentar. Ocioso es confesar que no admiten los límites del presente ensayo el análisis comprensivo que merece la materia, y que seguramente aportará más datos la biografía de Quevedo de mi amigo Pablo Jauralde Pou, en prensa ya y esperada por todos con gran interés.

LAS NOTICIAS CONOCIDAS

A lo largo de su carrera Quevedo se relacionó con varios jesuitas, a algunos de los cuales alabó encarecidamente. A Juan de Pineda, autor de varios comentarios extensos y muy eruditos sobre algunos libros del Antiguo Testamento, le llamó en 1641 «muy reverendo» y «doctísimo» (*La constancia...*, pp. 1333a, 1369b y 1386a); ya en 1609 había aludido a

---

[4] Estoy completando un estudio y una edición de toda la correspondencia de Quevedo a partir de su encarcelación en diciembre de 1639, cuyo original se entregará pronto a una editorial; entretanto, estoy a disposición de los investigadores sobre la materia. Mercedes Sánchez Sánchez prepara otro sobre la rica correspondencia del satírico con su amigo Sancho de Sandoval. Como casi todas las cartas que cito a continuación son desconocidas, y las publicadas por Astrana Marín llevan fechas erróneas y destinatarios equivocados, las cito todas por la numeración de mi estudio, señalando con asterisco las desconocidas, con su apellido la que publicó Mercedes Sánchez Sánchez, y con la sigla EP y la página las que publicó Astrana.

su erudición en la *España defendida*: «¿Quién juntó más que Pineda?» (cap. IV, p. 515a). Cuando en dos ocasiones le criticó, fue por motivos particulares que no tenían nada que ver con la Compañía. En 1626 el jesuita había divulgado una fuerte censura de la *Política de Dios* de Quevedo, y éste a su vez respondió con igual fuerza, tildándole de «envidia», de «ladrar», de «disimulada malicia» y de «imposturas y levantamientos»[5]. Y una segunda vez, en 1634-1635, bajo el anagrama de Danipe, le colocó en la sátira de los «Monopantos», relacionándole así de manera indirecta con la política de aceptación de los conversos del Conde-Duque de Olivares[6].

En 1633 y 1634 el P. Juan Eusebio Nieremberg, S.J., autor prolífico de tratados religiosos, redactó dos aprobaciones para sendos libros de Quevedo, la traducción del Epicteto y Focílides (*Obra poética*, IV, pp. 481-82), y *La cuna y la sepultura* (pp. 141-42). En la de *La cuna*, la alabanza del ingenio de Quevedo sobrepasa los límites acostumbrados en tales escritos:

> El ingenio del autor, aunque siempre por sí feliz, ahora dichoso por su asunto, me admira verle igual aquí y uno mismo, si bien al paso de la ventaja del argumento aventajado aún a sí mismo. Parece que Epicteto se nos ha vuelto español, que Crisipo claro, que Zenón tratable, que Antipatro breve, que Cleantes vivo, que Séneca cristiano.

En 1640, al mencionar Quevedo una biografía escrita por Nieremberg, dijo que era «tan exactamente cuidadosa como prometía ser su autor el eruditísimo, muy ejemplar y piadoso padre Juan Eusebio...», alabanza que repitió en la *Providencia de Dios*[7]. Entre 1634 y 1636, Quevedo dedicó los capítulos II y IV de la *Virtud militante* a sendos jesuitas: «Ingratitud» al P. Pedro Pimentel, y «Avaricia» al P. Juan Martínez de Ripalda (pp. 22-23, 94 y 204-205). Los dos religiosos iban a tener importantes papeles durante el gobierno del Conde-Duque de Olivares, Martínez de Ripalda como catedrático de Teología en varios Colegios, calificador del Santo Oficio, confidente del privado y a partir de 1637, su confesor (Crosby, ICJ). En sus cartas Quevedo menciona a Martínez de Ripalda dos veces en 1643, sin indicar amistad con él; con Pimentel mantuvo la correspondencia nutrida que comento a continuación[8].

---

[5] *Respuesta ... al P. Pineda*, pp. 378a-b, 396b y 399b; véase Del Piero, «Quevedo...», pp. 82-85.

[6] *La hora de todos*, cap. XXXIX, pp. 116-17 y 331; no consta el nombre de Pineda ni en la biografía de Olivares por Elliott ni en la de Marañón.

[7] *El martirio pretensor...*, p. 1324a; *Providencia de Dios*, p. 1419b.

[8] Sobre las referencias a Martínez Ripalda, véase las *Nuevas cartas*, núms. 49, línea 26, al P. Velázquez, y 59, línea 1, a Francisco de Oviedo; EP, pp. 456 y 462.

El 7 de diciembre de 1639 Quevedo fue detenido en Madrid y llevado directamente al convento de San Marcos de León, donde se quedó hasta junio de 1643. Del principio de la prisión dijo: «Estuve seis meses solo en un aposento y cerrado por defuera con llave» (*La constancia*, p. 1353a). Sin embargo, pasado este período parece que recibía noticias de Madrid y que tenía a su disposición papel y tinta para escribir, pues en «este año de 1640» empezó a redactar el manuscrito autógrafo de *El martirio pretensor del mártir... padre Marcelo Francisco Mastrilli*, panegírico en el que al hablar de una biografía del mártir, dijo:

> Diose a la estampa en Madrid este año de 1640 la misma misión e historia, con título de *Vida del venerable y apostólico varón Marcelo Francisco Mastrilli*, en mayor volumen, y [...] su autor, el [...] padre Juan Eusebio Nieremberg (*El martirio*, p. 1324a).

Estas palabras se refieren a un libro publicado en dicho año, y como la Fe de erratas del ejemplar que he visto lleva la fecha del 4 de mayo de 1640, queda claro que lo vio Quevedo en San Marcos en la segunda mitad de dicho año. Es la primera referencia concreta y fechada de la actividad de Quevedo en la cárcel.

El 11 de diciembre de 1641, cuando llevaba dos años en San Marcos, Quevedo firmó la dedicatoria de la *Providencia de Dios* al P. Mauricio de Áttodo, S.J., y confesó lo que debía a este amigo: «A vuestra paternidad debo el aliento y el caudal para emprender este tratado» (p. 1388a). Pero en dicho año no existía la obra en su forma actual ni con el título que conocemos, sino tan solo en la primera de dos partes (pp. 1388a-1423a), a la que el autor se refería en sus cartas inéditas como el tratado o papel «de la inmortalidad», o «de la inmortalidad del alma»[9].

De las noticias conocidas ya sobre Quevedo y los jesuitas, hay una que se ha aceptado, pero cuya autenticidad es difícil de juzgar. En 1713 el P. Juan Manuel de Arguedas, S.J., censuró favorablemente una edición en dos tomos de las obras en prosa de Quevedo, publicada luego en Madrid por Manuel Román. Dijo en su censura que en 1645, enfermo ya Quevedo, se mudó de la Torre de Juan Abad a Villanueva de los Infantes

---

En las ediciones de Fernández-Guerra, Astrana Marín y Felicidad Buendía, las cartas a Francisco de Oviedo llevan fechas equivocadas y trastrocado el orden cronológico.

[9] El ms. autógrafo de la primera parte, conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, debe de ser un traslado hecho posteriormente por Quevedo, quien había decidido eliminar el título antiguo a favor del tardío, *Providencia de Dios* (ed. de Buendía, pp. 1388a-1423a; véase Ettinghausen, p. 172); sobre el título antiguo, véase Crosby, *Nuevas cartas*, núms. 2, línea 13; 9, línea 61; 19, línea 7 y 20, línea 1.

> para lograr mayor asistencia a la partida de la eternidad, por hallarse en aquella villa su antiguo y grande amigo el reverendo padre Diego Jacinto de Tébar, de la Compañía de Jesús. Fió a su prudente y sabia dirección [...] el negocio más importante de su vida, que fue lograr una cristiana y fervorosa muerte[10].

Me sorprende que a un amigo tan «antiguo y grande» no le mencione Quevedo en ninguna de las treinta y tres cartas redactadas en 1645 en Villanueva de los Infantes, en las que habla repetidamente de las condiciones de su estancia en dicho pueblo, su salud y sus amigos; tampoco consta el nombre de Tébar entre los numerosos legatarios y los cuatro albaceas y cinco testigos nombrados en los dos testamentos y dos codicilos firmados por Quevedo en 1645[11]. Agrega el P. Arguedas en su censura que a Tébar Quevedo le encargó «con el cariño de amigo y con los humildes rendimientos que tan severo lance excita en un corazón penitente, quemase cuantos papeles manuscritos tenía jocosos y de donaire y cuantos pudieran dar el más leve sentimiento a su prójimo; parece que con puntual exacción se ejecutó el encargo, pues «de las diez partes de las poesías de [...] Quevedo no se halla una»[12]. Astrana Marín repite y apoya el relato del P. Arguedas (*Obras en prosa*, pp. VIII-IX), y luego lo rechaza (*Obras en verso*, p. 909b), pero por conjeturas que no acepto. Buendía no publica la censura, e Ignacio Elizalde acepta (p. 94) la primera opinión de Astrana.

Nada en la correspondencia de Quevedo en 1645 revela que deseara que se destruyera parte de su obra poética; más bien creo que las palabras del P. Arguedas reflejan su punto de vista moral.

Por otra parte, quien mejor conoció las poesías de Quevedo en su forma manuscrita, antes de imprimirse y antes y después de la muerte del poeta, fue su amigo y editor, Josef Antonio González de Salas. Éste reparte en dos etapas la suerte de las poesías: primero, la pérdida; luego, la recuperación parcial. En sus «Prevenciones al lector» dice de las poesías que

> muchas había ya repetido de poseedores extraños y juntándolas en volúmenes grandes, se derrotaron y destruyeron [...]. No fue de veinte partes una la que se salvó de aquellos versos que conocieron muchos, quedaron en su muerte, y yo

---

[10] *Obras: Parte primera*, 1713, tomo I, hoja 4v de las preliminares; *Obras en verso*, ed. de Astrana, p. 909a-b.

[11] Véanse los índices onomásticos de Crosby y Jauralde Pou, *Quevedo y su familia*, y Crosby, *Nuevas cartas*.

[12] *Obras: Parte primera*, 1713, t. I, hoja 4v; *Obras en verso*, ed. de Astrana, p. 909a-b. Sobre otros juicios equivocados del P. Arguedas, véase Raimundo Lida, «Quevedo...», p. 639 y la nota 6, y las pp. 655-56 y la nota 31.

> traté y tuve innumerables veces en mis manos por nuestra continua comunicación (*El Parnaso*, hoja 5r; *Obra poética*, t. I, p. 91).

Sobre su recuperación dice González de Salas que quien rescató gran parte de la poesía de Quevedo fue Pedro Pacheco Girón, amigo del poeta, aficionado literario, poderoso inquisidor y consejero de Castilla (Crosby, ICJ). El editor le dedicó la musa Clío, primera de las poesías de Quevedo, y le dirigió unas palabras muy expresivas:

> Del ánimo, digo, fue de Vuestra Señoría benigno a la patria y a los ingenios, [...] reservando del olvido la parte que tuvo superior, que fue su poesía, y al tiempo mismo que más duramente solicitó el hado encubrirla y oscurecerla [...]. Yo obedecí a Vuestra Señoría [...], cuando los desconsuelos de ver usurpadas [...] sus obras poéticas, de empresa tan dificultosa, más remoto me tenían el pensamiento [...]. En otra edad a los méritos menos esquiva, no ignore, quedando aquí impreso, que a Vuestra Señoría deberá legítimamente el beneficio (*El Parnaso*, pp. 33-34; *Obra poética*, t. I, p. 98).

No me sorprende que el editor quisiera dedicar la primera musa a quien tanto beneficio había hecho al poeta y a sus lectores.

* * *

Aparte de las relaciones con ciertos jesuitas, Quevedo alabó la Compañía en diversas ocasiones, y notablemente en su Respuesta al padre Juan de Pineda, donde, entre una y otra réplica fuerte a la censura que hizo éste de la *Política de Dios*, dijo el satírico:

> Sola una pesadumbre me ha hecho vuestra paternidad, y es obligarme a responder a un religioso de la Compañía de Jesús, cuya reverencia y respeto creció conmigo desde los primeros años; a quien debo, desde la gramática, los estudios... (p. 382a).

En 1642, al hablar de su prisión en términos de lo que de la suya dijo Job, expresó Quevedo dos veces la enorme gratitud que sentía a la Compañía:

> Yo debo a la Compañía cuanto me quitan todos, y este muladar donde sólo estoy habitado de gusanos me vuelve doblado todo lo que perdí.
>
> Me hallo reconocidísimo a Dios por cuya misericordia gozo mi calamidad. Debo a la Compañía mis estudios, y si hubiera sabido aprovecharme, pudiera llamarme su discípulo. Débole desde que estoy en esta escuela de trabajos, la asistencia, el consuelo y regalo, el conocimiento y las defensas de la paciencia. ¿Qué no debo a la Compañía? Hame hecho nacer de las manos de la muerte. No

> me queda otra ocupación justa sino la disposición del reconocimiento que me fuere posible[13].

De hecho, hoy sabemos que a partir de enero de 1594, cuando tenía trece años, asistió Quevedo como interno y con un preceptor al Colegio de los Jesuitas en Ocaña, y que allí siguió hasta fines del año 1595, completando así la última asignatura de gramática y las dos de humanidades y retórica (Riandière, p. 87). Es posible que antes de 1594, y otra vez, de enero a octubre de 1596, haya asistido al Colegio Imperial de Madrid[14]. Dichos datos nos permiten apreciar no sólo la distinción explícita que hace Quevedo entre la crítica de Pineda y sus propios sentimientos hacia la Compañía, sino también otras palabras que dice al Jesuita:

> Vuestra paternidad está en la Compañía y la Compañía está en mí y en mi corazón, [...] siendo, como digo, hijos de la Compañía, vuestra paternidad por la profesión y yo por el estudio (p. 382a).

Al defender en 1627 y 1628 al apóstol Santiago como único patrón de España, defendió Quevedo asimismo a la Compañía, y se lo agradeció sinceramente el P. Hernando de Salazar, S.J., confesor y confidente del Conde-Duque de Olivares:

> El favor que Vm. hace a la Compañía en sus memoriales, defendiéndola de las calumnias de sus contrarios, agradezco, y estimo su fruto[15].

En las obras escritas en la cárcel de San Marcos proliferan las alabanzas encarecidas de la Compañía:

> Sagrada y soberana religión, [...] que a un mismo tiempo con tus hijos en todo el orbe de la tierra estás enseñando en cátedras y púlpitos la verdad de la fe [...];

---

[13] *Nuevas cartas*, núms. 9*, al P. Pimentel, y 22*, al P. Velázquez, desconocidas las dos; sobre lo que dijo Job, véase la dedicatoria de la *Providencia de Dios*, a otro jesuita (*Nuevas cartas*, núm. 2; *Obras*, p. 1388a); y sobre no ser «su discípulo», las palabras citadas a continuación de Quevedo al P. Pineda.

[14] De los últimos años falta la documentación, como explica la profesora Riandière, p. 89. Sobre esta etapa, como otras, el artículo de Ignacio Elizalde pide cierta revisión, pues aparte de las conjeturas sin documentación (véase la p. 91 sobre Juan de Mariana), anécdotas de Tarsia y otras rebatidas por los documentos, en la obra de Quevedo no he hallado «grandes elogios» del P. Jerónimo de Florencia (véase la p. 94); los dos poemas citados como de Quevedo son apócrifos (pp. 96-99); por Francisco de Villagómez, entiéndase Diego de Villagómez (p. 104); y la *Introducción a la vida devota* no fue escrita por Quevedo, quien según Raimundo Lida tampoco lo tradujo del francés (p. 640).

[15] *Epistolario completo...*, p. 196, carta CII, del 30 de mayo de 1628; las dos defensas de la Compañía por Quevedo se leen en *Su espada...*, de 1627, Tercer tratado, pp. 407b-409b y 441a, y en el *Memorial por el patronato...*, de 1628, p. 770a.

tú, a quien han hecho grande, como la Iglesia, las persecuciones; tú que debes tanta fertilidad al cuchillo como a ti debe fecundidad la pluma; tú que te fabricas de las baterías [...]: triunfa gloriosa... (*El martirio pretensor*, de 1640, pp. 1323a y 1324a).

Una joya [...] de luces tan soberanas [...], un sol [que iba] con las escuelas, desde el leer hasta las cumbres escolásticas y expositivas y en todas ciencias, criando sujetos que en todas las demás religiones merezcan las mitras y la tiara, coronándose con sólo el mérito de esta disposición (*Providencia de Dios*, 1642, p. 1442a-b).

En todas partes sitiados de persecuciones desde su principio, [...] han edificado en el provecho universal su mérito [...] Sus mártires son infinitos [...]. Peregrinan, navegan, predican, enseñan, escriben, padecen en el mar, en la tierra, en los desiertos y poblados; peligran en los propios y en los extraños...[16].

En algunas de estas obras se destaca el tema de la Compañía como milicia de Dios:

San Ignacio de Loyola, padre de tan docta y sagrada religión, que de la una milicia se pasó a la otra, y de soldado (que fue mérito que dispone para tal patronato) vino a ser general de las batallas contra los herejes y amotinados contra la Iglesia (*Memorial por el patronato...*, p. 770a).

Cuando Diego de Villagómez, amigo de Quevedo que había sido capitán de compañía en el ejército de Flandes, dejó el ejército para ingresar en la Compañía, Quevedo lo comparó con San Ignacio:

V. m. deja la compañía de que es capitán, por ser soldado de la Compañía de Jesús, cuyo teniente es el glorioso patriarca san Ignacio [...]. Siendo soldado tan hazañosamente verdadero, fue fundador [...] de la soldadesca reformada e infatigable para las conquistas de Dios. Fundó [...] una orden o ejército que conquista con palabras en los púlpitos el conocimiento, con el oído en los confesionarios la enmienda, con la lección en las cátedras bate la ignorancia, con las plumas en los escritos la herejía, con la modestia y decencia religiosa de sus pasos en público la desenvoltura más recatada[17].

Las noticias desconocidas

Al panorama de lo conocido, aportan las nuevas cartas un rico caudal de información sobre la vida de Quevedo en la cárcel, su trato con los que le visitaban y su comunicación con otros autores, con los que

---

[16] *Vida de san Pablo*, de 1643, p. 195; véase también la carta a Diego de Villagómez, de 1643, en *Nuevas cartas*, núm. 52, líneas 39-49, citadas a continuación.

[17] Carta a Diego de Villagómez, *Nuevas cartas*, núm. 52, líneas 38-49, y EP, pp. 437-440; cfr. la *Providencia de Dios*, p. 1442a-b, y la *Vida de san Pablo*, p. 135, y véase mi artículo «Quevedo y la milicia sagrada...».

cambiaba o bien originales de sus obras, solicitando sus opiniones, o noticias de los libros que se acababan de publicar y otras de las campañas militares españolas. Dichas cartas son las que Quevedo dirigió al P. Pedro Pimentel y al P. Juan Antonio Velázquez; hoy no se conoce ninguna de las que sabemos que los dos padres dirigieron al satírico (es posible que las destruyera el mismo Quevedo después de leerlas, como confiesa más tarde que hacía con las que recibía de su buen amigo Francisco de Oviedo: *Nuevas cartas*, núm. 5*, nota 85, y los núms. 9*, 38* y 90; EP, p. 488). Sin embargo, es posible vislumbrar algunos rasgos de las habilidades intelectuales y el carácter de los dos jesuitas.

Pimentel era hijo del IX Conde de Benavente, Antonio Alonso Pimentel, cuya familia descendía de Juan Alonso Pimentel, a quien el rey Enrique III concedió dicho condado en 1398; por el casamiento del IX conde con Mencía de Zúñiga, la familia estaba estrechamente emparentada con la rama materna del Conde-Duque de Olivares, cuya madre era María de Pimentel y Fonseca, hija de los Zúñiga, Condes de Monterrey[18]. El abuelo del P. Pedro y VIII conde, Juan Alonso Pimentel, había sido Virrey de Nápoles de 1601 hasta 1610, y en la presente correspondencia Quevedo recuerda que «trató siempre con el gran Duque, yo testigo de las dos firmas» (*Nuevas cartas*, núm. 13; EP, p. 444; Pardo Manuel, pp. 101 y 115). De los cuatro hermanos de Pedro, heredó los títulos de la casa Juan Alonso, como primogénito; Manuel era Conde de la Fera y Maestre de Campo general en Flandes; Claudio, oidor del Consejo de las Órdenes, y Francisco, jesuita, predicador del rey y autor de varios libros (Crosby, ICJ; Backer, VI, cols. 759-61). Entre los hermanos, fue Pedro, nacido en 1594, quien pasó a gobernar la rama de los Zúñiga y Pimentel de la familia de los Guzmanes (Marañón, p. 160; CJ, XIV, p. 276). Ingresó en la Compañía en 1608, y ya en 1624 y 1628 solucionó ciertos conflictos graves que la Compañía tenía con los dominicos, y en 1627-1628 otros con la Universidad de Salamanca, donde era Vice-rector de su Colegio[19]. Hacia 1634 era ya maestro, y entre 1635 y 1637 Quevedo le dedicó el capítulo ii de la *Virtud militante*, llamándole Predicador de Su Majestad. Fue Rector del colegio de Burgos de 1636 hasta 1639 y de uno de los dos de Valladolid en 1642, donde estaba cuando correspondía con Quevedo[20].

Desde 1634 hay noticias de la gran reputación que tenía por sus sermones; de Navarra dijo un corresponsal jesuita que: «Se deshacen

---

[18] García Carraffa, t. LXX, pp. 13-14; Crosby, ICJ; Elliott, *The Count-Duke*, árbol genealógico en las pp. 18-19.

[19] Astráin, t. V, lib. I, caps. VII, p. 167, VIII, pp. 173, 181 y 184, y IX, pp. 204 y 207.

[20] Backer, VI, p. 759; CJ, XIII, p. 92; Quevedo, *Virtud militante*, p. 204; CJ, XV, p. 262.

todos por servirle y regalarle. Hales asombrado con sus sermones, ejemplos, trato y llaneza, y así son increíbles los aplausos que se le harían, sin que haya iglesia que sea capaz de los auditorios» (CJ, XIII, p. 26). Otro de Valladolid dijo en 1637 que: «El sermón fue grandioso [...]. Nuestro Padre le oyó, y avisan dijo varias veces que era la mejor cosa que había oído en su vida» (CJ, XIV, pp. 60-61). El mismo Quevedo se hace eco de tal elocuencia en carta del 24 de noviembre de 1642: «Si yo hubiera oído a Vuestra Señoría en esta Santa Iglesia, quedara con sobrado contento...» (*Nuevas cartas*, núm. 34; EP, p. 450). Sus colegas le escogieron en 1634 con otros tres jesuitas de Madrid para representar a la Compañía ante el Conde-Duque y el rey, y desde 1636 era Procurador de su Provincia en Roma y confidente del Conde-Duque; el rey le recibía solo en palacio y le encargó misiones diplomáticas, por lo que viajó a Italia con frecuencia, tratando entre otros con el Conde de Monterrey, Virrey de Nápoles y cuñado del Conde-Duque[21].

Su gran elocuencia y su habilidad para solucionar los conflictos de la Compañía y otros de tipo diplomático y político le granjearon el respeto de sus colegas y la confianza de Olivares y del rey. También le granjearon el gran respeto de Quevedo, evidente en su carta al jesuita del 23 de enero de 1643:

> No hallo cosa más desacomodada que la persona buena para todo: de todas partes le llaman, a todas partes importa, y siempre padece la necesidad que de su talento se tiene. Tal sucede a Vuestra Señoría en esta misión, y será dicha de lo temporal encontrar en aquellos confines para la mejor dirección a Vuestra Señoría (*Nuevas cartas*, núm. 39*).

Con esta opinión coincidió en 1735 el P. Diego de Aobar, S.J., colector de las cartas del manuscrito que poseo, quien en su aviso preliminar a Mayans y Siscar dijo de Pimentel: «Fue sujeto de tan eminente sabiduría y prudente discreción, que se dijo de él que lo menos estimable era el ser hijo legítimo de los condes de Benavente» (*Nuevas cartas*, apéndice*).

Hacia 1645, año de la muerte de Quevedo, Pimentel pasó a ser Rector del Colegio de Salamanca y calificador del Santo Oficio de Toledo; fue Provincial de Castilla de 1650 a 1653 y murió en 1658 (Backer, t. VI, col. 761).

El padre Juan Antonio Velázquez nació en Madrid en 1585, de una familia originaria de Ávila. Hizo su noviciado en Salamanca en 1602, y fue sucesivamente Rector de los Colegios de Monforte, Segovia, Medina del Campo, Valladolid y Salamanca. Fue Consultor de la Con-

---

[21] Astráin, V, I, IX, pp. 204 y 207; CJ, XIII, pp. 12, 81, 465 y 520; XIV, pp. 17, 276, 325 y 400; XV, p. 22; XVII, p. 506; XVIII, pp. 21, 258, 339, 372 y 417.

gregación para la defensa de la Inmaculada Concepción, y Provincial de Castilla de 1640 hasta 1643, período que abarca su correspondencia con Quevedo. Murió en 1669 en Madrid (Backer, t. VIII, cols. 542-46). Fue autor de numerosos libros de tipo exegético, y Mercedes Sánchez Sánchez indica que «se le define como "hombre de talento, no menos cultivado en las letras de los hombres que en las sagradas"», y agrega que «se refiere además que todos los días solía rezar el rosario de rodillas ante la imagen de la Virgen María, así como era famosa su manera de hablar en público, "como si de otro Ambrosio o Basilio se tratase"». Si coincidía con la elocuencia del P. Pimentel, también compartía con éste la afabilidad y la prudencia, «causas por las que con frecuencia diversos cargos civiles y eclesiásticos le pedían consejo, y el mismo Felipe IV, atraído por su sabiduría, dispuso que se reuniera con él en Palacio varios días a la semana, pero rechazó este honor, "por cansancio y por escapar de lujos en la Corte"»[22].

* * *

De las cuarenta y dos cartas de la presente serie, Quevedo dirigió 20 al P. Pimentel y 22 al P. Velázquez, y la gran mayoría datan de la segunda mitad del año 1642, cuando llevaba el satírico tres años en la cárcel. En la primera mitad de 1643 ocurrieron dos acontecimientos de importancia capital para Quevedo: en enero el rey despidió al Conde-Duque, y en la segunda quincena de junio el monarca puso en libertad al satírico. De febrero hasta fines de mayo se liberaron muchos de los que el poderoso ministro había encarcelado, y se negociaba en la Corte la posibilidad de soltar a Quevedo. Como siempre, éste se enteraba rápidamente de lo que pasaba en Madrid, y durante este período comentaba en sus cartas las gestiones que hacía el P. Velázquez a su favor en la Corte (*Nuevas cartas*, núms. 43-50*). Por lo visto, la relación familiar tan estrecha entre el P. Pimentel y la familia de Olivares impedía semejantes gestiones públicas por su parte, aunque Quevedo le dijo una vez que esperaba que él pudiera hacer alguna (*Nuevas cartas*, núm. 42*).

Sin embargo, dicha relación no impidió la comunicación directa y privada de Quevedo a Pimentel de una parodia de las largas intrigas que por fin dieron lugar a la dimisión del Conde-Duque. Esta carta se limita a un párrafo breve, sin más materia, pero para mí es la carta más fuerte y más graciosa de toda la serie (*Nuevas cartas*, núm. 40*).

---

[22] «Una carta inédita...», p. 70, en la que se cita la *Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu*, Roma, 1676, p. 401. Dice Mercedes Sánchez que la *Bibliothèque* de los hermanos Backer es una traducción al francés de este libro, sin añadir ningún dato.

Quevedo compara la caída del poderoso ministro con una comedia, haciéndose eco de las muchas coplas burlescas que sobre el tema corrían por las calles de Madrid[23]. No es sorprendente que sin conocer esta carta de Quevedo, Marañón coincida con su aspecto escenográfico al describir la caída: «Los pormenores de su desarrollo [...] no tienen para nosotros el valor que alcanzaron en aquella sociedad, maligna y atenta tan sólo a los detalles escenográficos de la gran tragicomedia de la Corte» (p. 358). Es más: la parodia de Quevedo y el relato de Marañón comparten la misma base de información, que es la reacción del pueblo en Madrid.

Quevedo se presenta como espectador de una comedia que representa los momentos preliminares a la caída del Conde-Duque y cuyo autor, «N. Poeta», alude claramente a la afición de Olivares a escribir versos (véase Marañón, pp. 143-44 y 437-38). Al decir que la comedia «nos pareció muy larga», Quevedo se refiere al hecho de que la nobleza y el pueblo atribuían todos los males de la nación al ministro, y habían deseado fervientemente su caída, pues los nobles habían boicoteado las actividades cortesanas, el Conde-Duque se había convertido en una figura aislada y la tardanza en actuar del rey había frustrado al pueblo expectante[24].

Los personajes son un fiel reflejo de la leyenda que se creó en torno a la caída. Aparecen en primer lugar las «tres damas», que representan a la reina Isabel de Borbón, a la Duquesa de Mantua, Margarita de Saboya, presente en la Corte unos días antes de la caída, y a Ana de Guevara, nodriza del rey, de quienes se decía en Madrid que habían tenido un papel muy importante como consejeras del monarca, hasta el punto de que se llegó a hablar de una conspiración de mujeres (véase Marañón, cap. XXIV, pp. 341-56). El «pícaro» alude al Marqués de Grana, Francesco Eugenio Carreto, embajador del emperador de Alemania en la Corte española, a quien consultaba el rey frecuentemente, o al Conde de Castrillo, García de Haro y Avellaneda, mayordomo mayor de palacio desde 1640 (Marañón, pp. 342-47; Elliott, pp. 642-43 y 648). El reconocimiento de «los padres y los hijos» parodia el de Olivares a Julián de Guzmán como hijo suyo (el acto produjo una gran cantidad de versos satíricos), y el del rey a Juan José de Austria, hijo de la Calderona (CJ, XVI, pp. 231, 300, 306, y 377-78; Marañón, pp. 295-96).

---

[23] CJ, XVI, p. 231; Marañón, pp. 335-37, 357 y también 416-21, donde se identifican y se citan múltiples textos de 56 «libelos poéticos», a cual más burlesco.

[24] Marañón, cap. XXV, pp. 357-362; Elliott, *The Count-Duke*, p. 648; *Nuevas cartas*, carta 40*, nota 1.2. En *Nuevas cartas* hay un juego completo de notas sobre la presente carta.

Las «dos jornadas» de la comedia parodian la jornada real a Cataluña en abril de 1642 y la vuelta del rey a Madrid en diciembre, un mes antes de la caída del Conde-Duque (Marañón, p. 344; Elliott, pp. 628 y 639). Al finalizar la segunda jornada con el regreso del rey, tuvo lugar el desenlace de esta comedia, pues ya en diciembre el monarca había decidido deshacerse de Olivares (Marañón, p. 347). Al fin de la comedia «se hundía el corral a vítores», parodia del tremendo júbilo popular en las calles de Madrid (Marañón, pp. 358-62), y el autor prometió la segunda parte, recuerdo cómico de la sugerencia del rey de «volverle a emplear» al Conde-Duque, palabras que infundían gran temor al pueblo (Marañón, pp. 370, 374 y 387-88; Elliott, pp. 649, 659 y 661).

Dos cosas sirvieron para aumentar el efecto cómico de esta carta en el lector coetáneo: la asombrosa exactitud histórica de la parodia, y lo oportuno de la misma, pues la escribió Quevedo el 28 de febrero de 1642, tan sólo cinco días después de la caída del ministro, cuando todavía no se sabía si volvería al poder. Sin embargo, dicho efecto dependía del conocimiento de los detalles del episodio por parte de los lectores, privativo a los de mediados del siglo XVII y de la segunda mitad del XX, pues al Rector del Colegio de jesuitas de Salamanca en 1735, que leyó con cuidado las cartas del manuscrito y las comentó, señalando al margen la sátira política, le pasó inadvertida esta parodia.

En las cartas al P. Velázquez no hay ninguna parodia parecida a la de la comedia, pero sí una serie de referencias a la prisión del inquisidor Juan Adam de la Parra, quien había sido fiscal de la Inquisición de Toledo con asistencia en la Corte, protegido de Olivares y abogado de los Reales Consejos (Crosby, ICJ). Era una persona de trato difícil, pues ya en 1634 afirmaron sus colegas de la Inquisición que «ha tenido muchos encuentros y disgustos con los Señores Inquisidores, [...] por ser de natural colérico y arrojado», y en 1642 dijo Pedro Pacheco Girón, que presidía en el Consejo de la Inquisición, que con Adam de la Parra, «todos los oficiales están muy mal» (Elliott, «Nueva luz...», pp. 176 y 175). La primera vez que Quevedo se refiere a él es en una carta del 12 de noviembre de 1642, dirigida al P. Pimentel (núm. 32*), donde dice que acaba de llegar un preso acusado de un gran delito, pero aún no sabe su identidad. La identidad del preso no deja lugar a dudas, pues se comprueba en las sucesivas cartas. La fecha coincide con la de una carta del P. Sebastián González, S.J., de Madrid, anunciando la prisión de un inquisidor, sin mencionar el nombre (CJ, XIX, p. 360), y también con el documento número XXXIII del estudio de Entrambasaguas, fechado en octubre de 1643, que nombra al preso y habla de «lo que ha padecido [...] en este año de clausura» (p. 716), y con las fechas

de los documentos previos a la prisión publicados por Elliott[25]. La falta del nombre del preso en las cartas de Quevedo y del P. González coincide con el sigilo de los ministros en este asunto, documentado por Elliott. Sin embargo, al escribir la primera carta al P. Velázquez, ya sabía Quevedo quién era el preso.

Por no ser caballero de Santiago ni preso eclesiástico, sino secular, Adam de la Parra fue encarcelado en el Real Convento de San Isidoro, panteón de los reyes leoneses donde está el sepulcro de San Isidoro de Sevilla; a la sazón estaba regido por frailes agustinos, y sus torres se habían convertido en cárcel del Estado (Entrambasaguas, p. 540, nota 117). Las noticias del trato y comunicación que tenía Quevedo con el abad de San Isidoro son humorísticas y revelan una actitud despectiva hacia Adam de la Parra; por otra parte, nos retratan diversos aspectos de la vida cotidiana de Quevedo en la prisión, de las visitas con las que conversaba y recibía noticias de la ciudad, sus cárceles y sus presos, su viva apreciación de las ironías y lo absurdo que le rodeaba, y de los chismes de los que dependen los presos. El día 19 comunicó al P. Velázquez la identidad del preso:

> El señor don Juan de Porras, inquisidor de Toledo, con un alguacil de Corte trajo preso al señor Adam de la Parra, y por orden de su Majestad se lo entregó al señor abad de San Isidro. A otro día a la mañana el señor don Juan de Porras me hizo merced de verme en este convento. Díjome el alguacil de Corte era la causa una décima [...] infamatoria de personas de gran puesto [...]. Anteayer me dijo mi barbero que había hecho la barba al nuevo preso, que no le dejaban hablar con nadie, y que la orden era muy rigurosa. Yo que estoy ya harto y cansado de tenerme lástima, se la tengo al preso y al señor abad, que por ahora gasta su dinero y está tan recluso como el que guarda[26].

En esta serie de cuatro cartas que van del 19 de noviembre al 17 de diciembre, Quevedo ofreció a Velázquez de manera humorística sus impresiones sobre Adam de la Parra y su carcelero, el Abad del Real Convento de San Isidoro en León. Es más: en estas cartas Quevedo menciona algunas de las respuestas que iba recibiendo del P. Velázquez, y repite ciertas ideas de su corresponsal. Al recibir la carta de Quevedo del 19 de noviembre, Velázquez le contestó que no tuviera

---

[25] El estudio más acertado sobre la prisión de Adam de la Parra es el de J. H. Elliott, «Nueva luz...». El documento de octubre de 1643 se halla en el apéndice XXXIII, pp. 715-16 del artículo de Entrambasaguas, «Varios datos...». En este estudio la fecha reza 1642, errata manifiesta por 1643. El autor publicó una serie extensa y muy útil de documentos originales, pero a la luz de Elliott y de las nuevas cartas de Quevedo, ya no es necesario fiarse de conjeturas basadas en los documentos apócrifos de Fernández-Guerra.

[26] *Nuevas cartas*, núm. 33; EP, p. 448. En las cartas se refiere al convento como de «San Isidro», vulgarización que se debe probablemente a los copistas.

lástima del preso y su carcelero. Esto lo sabemos porque en la segunda carta de Quevedo, fechada el 25 de noviembre, se refiere a la de Velázquez: «Señor, con las razones de Vuestra Reverendísima he licenciado la lástima que tenía al señor Abad, aunque le veo hecho Eva de Adán...» (*Nuevas cartas*, núm. 35*). En carta del 4 de diciembre vuelve Quevedo a hablar del abad y de Adam de la Parra (*Nuevas cartas*, núm. 36*), y antes del día 17 le escribió Velázquez diciéndole que no tuviera tanta lástima del abad por su preso, que «juntarían murmuraciones», palabras que cita Quevedo en la suya del 17, que empieza con la afirmación chistosa de que le escribe «con todos los sigilos del secreto natural» (*Nuevas cartas*, núm. 38*). Si en la carta del 25 de noviembre revela su gran conocimiento de los asuntos de la Corte y los oficios que ocupaban personas importantes, noticias que comunicaba al P. Velázquez salpicadas de alusiones bíblicas y clásicas colocadas en contextos humorísticos, en la del 17 de diciembre le hace una descripción tan detallada como chistosa de las visitas del abad (que quería desahogarse), y sus relatos del preso, cuyo carácter maldiciente queda patente en los comentarios de Quevedo:

> El señor abad [...] dice que no hay chispa ni raspa ni raja ni átomo de judío, moro ni confeso en todo el mundo, que su huésped no sepa por dónde y cuándo y cuánto y cuál y el «ubi» [...]. Llámale con sabor y golosina, noticiosísimo y eminente en esta facultad [...]. No cierra los labios en todo el día; achaque debe ser del nombre perderse por la boca (*Nuevas cartas*, núm. 38*).

De acuerdo con las palabras de Quevedo, carece de fundamento atribuirle amistad con Adam de la Parra, pues en la carta del 17 de diciembre dice que «no le he tratado». Es más: en la carta del 24 de febrero de 1643 se trasluce con claridad el desprecio intelectual del satírico:

> El húesped del señor Abad cada estafeta espera, y lo dice con soltura y grandes premios. Desde que entró aquí siempre dijo, «el Conde mi señor»; el propio día que oyó le retiraban, dijo, «ese hombre» (*Nuevas cartas*, núm. 44; EP, p. 453).

Abundan las referencias de Quevedo a su amistad con el P. Áttodo, a quien dedicó una versión temprana de la *Providencia de Dios* cuando llevaba dos años en la cárcel (*Nuevas cartas*, núm. 2; *Obras en prosa*, ed. de Buendía, p. 1388). Al jesuita confiesa que le debe «el aliento y el caudal para emprender este tratado». Su amistad empezó probablemente en 1641, y a Quevedo le ayudaba Mauricio con remitir sus cartas al P. Pimentel en Valladolid, hasta que él mismo fue trasladado a esta ciudad a fines de octubre de 1642 (*Nuevas cartas*, núms. 11*, 19* y 23*). De allí en adelante correspondió con Quevedo y se enteraba de su correspondencia con otros jesuitas (*Nuevas cartas*, núms. 40*, 69* y 31;

EP, pp. 431-32). Durante la estancia del P. Mauricio en León, lo que más placer parece haberle brindado a Quevedo eran sus visitas, de las cuales el testimonio de las cartas es elocuente pero claramente incompleto: «Mi bueno y grande amigo el padre Mauricio, con quien ayer hice usura lícita de la tarde»; «Este día de mi santo [...], pasado [...] con el padre Mauricio»; «He visto en el memorial [...] lo mismo que yo había visto y dicho un año ha delante del reverendo Mauricio» (*Nuevas cartas*, núms. 17*, 18* y 51*).

Dos cartas nos muestran el respeto que los Padres Velázquez y Pimentel tenían a Quevedo. En octubre de 1642, Velázquez, como Provincial de Castilla, quiso trasladar al P. Mauricio de Áttodo, residente en León, al colegio del P. Pimentel en Valladolid. Sin embargo, sabía que Mauricio era gran amigo de Quevedo, y así, con rara consideración para los sentimientos del preso, consultó primero a éste, como se colige de una carta de Quevedo del 25 de octubre (*Nuevas cartas*, núm 25*). Según se desprende de una carta del 27 del mismo mes, el P. Pimentel mostró igual consideración por Quevedo (pero no tenía autoridad sobre el traslado):

> El aborrecerme débolo a mí mismo; el amar al padre Mauricio. Débolo a él por sus grandes partes, y los muchos y grandes beneficios que le reconozco [...]. Si aun para mí no quisiera esta asistencia que merezco, ¿por qué la he de querer para quien no mereciéndola, merece la de Vuestra Señoría...? (*Nuevas cartas*, núm. 27; EP, p. 447).

Pasados tres días, Quevedo pidió al P. Velázquez que nombrara para ocupar la vacante del P. Mauricio, si fuera posible, al P. Pinto, «por sus letras y partes» (*Nuevas cartas*, núm. 28*).

El P. Pimentel se preocupó mucho por el bienestar de Quevedo, como reconoció éste con gratitud: «Esta tarde me ha escrito el padre Mauricio me vendrá a honrar (merced de Vuestra Señoría) el padre Jerónimo de Pedrálvez, amigo de Vuestra Señoría» (*Nuevas cartas*, núm. 13; EP, p. 444, del 18 de septiembre). También el P. Velázquez se preocupó por él, y le visitó, por lo menos una vez, como dijo éste al P. Pimentel: «Aguardo dentro de dos días con gran alborozo al padre Provincial, que con sus cartas desde Oviedo no ha consentido que esté [yo] ausente de su Reverendísima ni falto de nada» (*Nuevas cartas*, núm. 9*, del 27 de agosto de 1642). Uno de los temas de conversación durante tales visitas fue precisamente la correspondencia de Quevedo con otros jesuitas amigos, como dice él de una visita del P. Mauricio de Áttodo y de otra de éste, del P. Jerónimo Pedralviz y del abad de San Isidoro (*Nuevas cartas*, núms. 17* y 18*). En abril y mayo de 1643 el P. Velázquez realizó varias gestiones en la corte para obtener la libertad de Quevedo, gestiones que en unión de otras, tuvieron su resultado

en la liberación de Quevedo, que tuvo lugar probablemente en la segunda quincena de junio de 1643[27].

BIBLIOGRAFÍA

Aldrete, Pedro (véase Quevedo, *Las tres musas*).

Astráin, P. Antonio, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra y Razón y Fe, 1902-1925, 7 tomos.

Backer, Augustin y Alois de, *Bibliothèque de la Compagnie de Jesus*, Bruselas, O. Schepens, 1890-1909, 10 tomos.

Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu, Roma, 1676. Referencia: Mercedes Sánchez, «Una carta inédita...», p. 71; dice la autora que el libro de los Backer traduce la *Bibliotheca* al francés, sin añadir ningún dato.

Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la monarquía entre los años de 1634 y 1648, ed. de Pascual de Gayangos, Madrid, Imprenta Nacional, 1862-1863, 7 tomos. *Memorial Histórico Español*, ed. de la Real Academia de la Historia, tomos XIII-XIX.

Cartas de Jesuitas (véase la ficha anterior, y la de Crosby, *Índice de las «Cartas de Jesuitas»*).

CJ (véase *Cartas de algunos padres...*).

Contreras, Jaime, *El Santo Oficio de la Inquisición en Galicia, 1560-1700: Poder, Sociedad y Cultura*, Madrid, Akal Editor, 1982.

Crosby, James O., «La huella de González de Salas en la poesía de Quevedo editada por Aldrete», en *Homenaje al Profesor Rodríguez-Moñino*, Madrid, Castalia, 1966, t. I, pp. 111-23.

Crosby, James O., *En torno a la poesía de Quevedo*, Madrid, Castalia, 1967.

Crosby, James O., *Guía bibiográfica para el estudio crítico de Quevedo*, Londres, Grant and Cutler, 1976.

Crosby, James O., «Quevedo y la milicia sagrada: "Dejar la compañía propia por la de Jesús"», de próxima publicación en *Silva: Studia philologica in honorem Isaías Lerner*, Madrid, Castalia, en prensa.

Crosby, James O., *Nuevas cartas de la última prisión de Quevedo* (en preparación).

Crosby, James O., *Índice de las «Cartas de Jesuitas»* (índice onomástico y toponímico de tipo crítico y de más de 50.000 fichas, en preparación en ordenador).

---

[27] *Nuevas cartas*, núms. 48, 49 y 50*; EP, pp. 455 y 456. De la fecha de liberación de Quevedo sabemos que el 8 de junio escribió una carta en la prisión (núm. 52, a Diego de Villagómez), y que el 9 de julio redactó otra en Madrid (núm. 55, a Francisco de Oviedo). Las noticias sin fecha de Pellicer, t. XXXIII, p. 33, y de Novoa, LXXXVI, p. 124, son del mes de junio. Pellicer coloca su noticia entre una del 12 de junio sobre la partida de Olivares de Loeches para Toro, y otra del 1 de julio de la partida del rey para Tarazona (véase CJ, XVII, p. 145, del 7 de julio, sobre un acontecimiento del 1 de julio, y Elliott, *The Count-Duke*, p. 662, sobre el 12 de junio). Novoa coloca su noticia de Quevedo después de una del 12 de junio (la partida de Olivares), y antes de otras noticias de las llegadas a la Corte de Diego de Arce Reinoso y Diego de Riaño (CJ, XVII, p. 143, del 3 de julio); en este segmento Novoa sigue el orden cronológico.

Del Piero, Raúl A., «Las fuentes del *Job* de Quevedo», *Boletín de Filología* (Universidad de Santiago, Chile), XXX, 1969, pp. 17-133. Véanse también las fichas del autor en mi *Guía bibliográfica*.

Del Piero, Raúl A., «Quevedo y Juan de Pineda», *Modern Philology*, LVI, 1958, pp. 82-91.

Elizalde, Ignacio, «Quevedo, San Ignacio de Loyola y los jesuitas», *Letras de Deusto* (Universidad de Deusto, Bilbao), t. X, núm. 20, julio-diciembre de 1980, pp. 91-106, número extraordinario, *Francisco de Quevedo, IV Centenario del nacimiento (1580-1980)*.

Elliott, John H., «Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXIX, 1972, pp. 171-82.

Elliott, John H., *The Count-Duke of Olivares*, New Haven (Connecticut) y Londres, Yale University, 1986.

Eneida (véase Virgilio).

Entrambasaguas y Peña, Joaquín de, «Varios datos referentes al inquisidor Juan Adam de la Parra», *Boletín de la Real Academia Española*, XVII, 1930, pp. 113-31, 211-26, 539-70 y 704-20.

Ettinghausen, Henry, «Acerca de las fechas de redacción de cuatro obras neoestoicas de Quevedo», *Boletín de la Real Academia Española*, LI, 1971, pp. 161-73.

García Carraffa, Alberto y Arturo, *Diccionario heráldico y genealógico de apellidos españoles y americanos*, Madrid, Nueva Imprenta Radio (y posteriormente, Hauser y Monet), 1927-1963, 86 tomos.

ICJ (véase Crosby, *Índice de las «Cartas de Jesuitas»*).

Jauralde Pou, Pablo, «Hacia una nueva biografía de Quevedo», en *Hommage à Robert Jammes*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1994, pp. 581-89.

Jauralde Pou, Pablo, «Una aventura intelectual de Quevedo: *España defendida*», en Lía Schwartz y Antonio Carreira (eds.), *Quevedo a nueva luz: Escritura y política*, Málaga, Universidad de Málaga, 1997, pp. 45-58.

Jauralde Pou, Pablo, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, en prensa.

Lida, Raimundo, «Quevedo y la *Introducción a la vida devota*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII, 1953, pp. 638-56.

López Poza, Sagrario, *Francisco de Quevedo y la literatura patrística*, La Coruña, Universidade da Coruña, 1992.

Marañón, Gregorio, *El Conde-Duque de Olivares*, 3.ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1952.

Nieremberg, P. Juan Eusebio, S.J., *Vida del venerable y apostólico varón Marcelo Francisco Mastrili*, Madrid, 1640, 134 ff. Ejemplar: State University of New York at Buffalo, New York. Citado por Quevedo en *El martirio pretensor...*, p. 1324a.

Novoa, Matías de, *Historia de Felipe IV, rey de España*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Madrid, M. Ginesta, 1875-1886, tomos 60, 61, 69, 77 (sobre los años 1636-1637), 80 (años 1640-1641) y 86 (años 1642-1645).

Nuevas cartas (véase Crosby, *Nuevas cartas*).

Pardo Manuel de Villena, Alfonso, *El conde de Lemos. Noticias de su vida*, Madrid, Imprenta de Jaime Ratés Martín, 1912.

Pellicer de Ossau y Tovar, Josef, *Avisos*, ed. de Antonio Valladares de Sotomayor en su *Semanario erudito*, Madrid, Antonio Espinosa, 1790, tomos XXXI-XXXIII.

Quevedo Villegas, Francisco de, *El martirio pretensor del mártir... padre Marcelo Francisco Mastrili*, en *Obras en prosa*, ed. de F. Buendía, pp. 1323-1326. El ms. autógrafo se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, sign. Res. 157.

Quevedo Villegas, Francisco de, *El Parnaso español*, ed. de Josef Antonio González de Salas, Madrid, Pedro Coello, 1648.

Quevedo Villegas, Francisco de, *España defendida*, en *Obras en prosa*, ed. de Buendía, pp. 483-525.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Epistolario completo*, ed. de Luis Astrana Marín, Madrid, Reus, 1946.

Quevedo Villegas, Francisco de, *La caída para levantarse, el ciego para dar vista, el montante en la Iglesia en la vida de san Pablo*, ed. de Valentina Nider, Pisa, Giardini Editori, 1994.

Quevedo Villegas, Francisco de, *La constancia y paciencia del santo Job*, en *Obras en prosa*, ed. de Buendía, pp. 1327-1386.

Quevedo Villegas, Francisco de, *La cuna y la sepultura*, ed. de Luisa López Grigera, Madrid, Real Academia Española, 1969, Anejo XX del Boletín de la Academia.

Quevedo Villegas, Francisco de, *La hora de todos*, ed. de J. Bourg, P. Dupont y P. Geneste, Madrid, Cátedra, 1987.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Las tres musas últimas castellanas: Segunda cumbre del Parnaso español*, ed. de Pedro Aldrete Quevedo Villegas, Madrid, Imprenta Real, 1670.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Memorial por el patronato de Santiago*, en *Obras en prosa*, ed. de Buendía, pp. 763-87.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Nuevas cartas de la última prisión de Quevedo* (véase Crosby).

Quevedo Villegas, Francisco de, *Obra poética*, ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1981, 4 tomos.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Obras*, ed. de Aureliano Fernández-Guerra, Biblioteca de Autores Españoles, tomos XXIII y XLVIII, Madrid, Atlas, 1946.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Obras completas: Obras en prosa*, ed. de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Obras completas: Obras en prosa*, ed. de Felicidad Buendía, Madrid, Aguilar, 1961.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Obras completas: Obras en verso*, ed. de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1932.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Obras: Parte primera*, Madrid, Manuel Román, 1713.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Política de Dios, govierno de Christo*, ed. de James O. Crosby; Madrid, Castalia, 1966.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Providencia de Dios*, en *Obras en prosa*, ed. de Buendía, pp. 1387-1456.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Respuesta de don Francisco de Quevedo Villegas al padre Juan de Pineda, de la Compañía de Jesús*, en *Obras en prosa*, ed. de Buendía, pp. 377-399.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Su espada por Santiago*, en *Obras en prosa*, ed. de Buendía, pp. 400-445.

Quevedo Villegas, Francisco de, *Vida de san Pablo* (véase Quevedo, *La caída para levantarse...*).

Quevedo Villegas, Francisco de, *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo*, ed. de Alfonso Rey, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1985.

Riandière La Roche, Josette, *Nouveaux documents quévédiens: Une famille à Madrid au temps de Philippe II*, Paris, Sorbonne, 1992.

Sánchez Sánchez, Mercedes, «Una carta inédita de Quevedo al jesuita Juan Antonio Velázquez: Notas a su prisión y a su relación con la Compañía de Jesús», *Manuscrt.cao* (Madrid), núm. VI, 1994-1995, pp. 63-77.

Schwartz, Lía, «*Las preciosas alhajas de los entendidos*: Un humanista madrileño del siglo XVII y la difusión de las clásicos», *Edad de Oro*, XVII, 1998, pp. 213-30.

Tarsia, Pablo Antonio de, *Vida de don Francisco de Quevedo Villegas*, ed. facsímil de Melquíades Prieto Santiago y Felipe B. Pedraza Jiménez, Aranjuez, Ara Iovis, 1988. Reproducida en Quevedo, *Obras en verso*, ed. de Astrana Marín, pp. 767-804.

Velázquez, Juan Antonio, S.J., *De optimo principe* (véase Velázquez, *In psalmum Davidis...*).

Velázquez, Juan Antonio, S.J., *In Epistolam B. Pauli Apostoli ad Philippenses commentarii et adnotationes...*, Valladolid, Jerónimo Murillo, 1626.

Velázquez, Juan Antonio, S.J., *In psalmum Davidis centesimum commentarii literales et morales, sive De optimo principe...*, Lyon, Gabriel Boissat, 1637. No conozco ningún ejemplar de la edición que según un jesuita se estaba imprimiendo en Madrid en 1636 (CJ, XIII, p. 263).

Virgilio Maro, Publio, *Virgil: Eclogues, Georgics, the Aeneid and the Minor Poems*, ed. con una traducción al inglés por H. Rushton Fairclough, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Harvard University y W. Heinemann, 1965-1966, 2 tomos.